

LA GUERRA DEL PACÍFICO 1879-1883
UNA VISIÓN CHILENA
CONTEMPORÁNEA DE SUS
CONSECUENCIAS

THE WAR OF THE PACIFIC 1879-1883
A CONTEMPORARY CHILEAN
VISION OF ITS CONSEQUENCES

MANUEL GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Universidad Católica de la Santísima Concepción (Chile)

RESUMEN. La guerra del Pacífico 1879-1883 fue la culminación de los conflictos limítrofes y económicos entre Perú, Bolivia y Chile. Estos se encontraban en el medio de los intereses de las potencias de aquella época, en especial de Estados Unidos y Gran Bretaña. Esta guerra reveló la precariedad política y económica de los países involucrados quienes mostraron falta de cohesión nacional y carencia de independencia diplomática. Gracias a la victoria, Chile logró insertarse en la economía mundial como dependiente del imperio británico aunque los beneficios obtenidos se perdieron rápidamente. Durante el siglo XX las consecuencias de la guerra se mantuvieron, y aun perturban la diplomacia sudamericana.

PALABRAS CLAVE. Guerra. Estado. Sudamérica. Bolivia. Perú. Chile.

ABSTRACT. The 1879-1883 War of the Pacific was the culmination of the border and economic disputes between Peru, Bolivia and Chile. They were in the middle of the interests of the powers of that time, especially the United States and Great Britain. This war revealed the political and economic precariousness of the involved countries, who showed a lack of national cohesion and a lack of diplomatic independence. Thanks to the victory, Chile managed to insert itself into the world economy, dependent on the British Empire, although the benefits obtained were quickly lost. During the twentieth century the consequences of the war remained, and even disturb South American diplomacy.

KEY WORDS. War. State. South America. Bolivia. Peru. Chile.

1. Introducción

Los primeros conceptos que podrían nacer del título de este ensayo son obvios: tragedia, destrucción y muerte. Toda guerra, cualquiera sea su naturaleza, conlleva lo antedicho. Sobre el porqué de este fenómeno nos llevaría a un análisis que no podría desarrollarse en este breve trabajo, ya que ésta, como una manifestación propiamente humana, ha existido probablemente desde el origen de este y continúa hasta el día de hoy. La historia del hombre ha quedado casi coaptada y constreñida por la guerra y de ahí la confusión historiográfica positivista del siglo XIX, que hizo de la historia una síntesis político y militar de hechos como una visión exclusiva de la memoria humana.

Para los intelectuales, políticos y estudiosos en la antigüedad, la guerra era una actividad humana normalizada, su planteamiento estaba incluida en sus *corpus* jurídicos e incluso con el tiempo fue obteniendo un rol civilizatorio, que se encuentra legitimada por la necesidad de expandir el beneficio de la cultura



sobre los bárbaros para sacar a estos últimos de la oscuridad¹. El relato adquiere entonces el característico tono épico moralizador tan propio de aquellos tiempos. Durante la edad media y moderna, la guerra en occidente adquirió un estatus legal más desarrollado, que incluía la legitimación en cuanto a la defensa y la justicia para con la expansión de la fe, en especial hacia los pueblos paganos que asediaban los santos lugares cristianos del cercano oriente y luego a la misma Europa. Luego en el siglo XIX, en pleno auge del liberalismo la guerra se transforma en una empresa colectiva, nacional y estatal, que a pesar de su crudeza era *necesaria* para la conformación de un país y la creación de una nación. Desde entonces la guerra va a tomar una visión romántica que hasta bien entrado el siglo XX perduraba. Hoy en día, aunque la evidencia sobre la desgracia de los conflictos bélicos es sobreabundante, no ha impedido que el siglo XX y lo que va del actual, sean de los más sangrientos de la historia de la humanidad.

Dentro de este planteamiento debemos apuntar una clasificación simple que va desde las guerras imperiales, las guerras de religión, pasando por las guerras nacionales y llegando a las denominadas guerras civiles. Estas últimas, se han desarrollado desde la antigüedad, y han ido adquiriendo al día de hoy una ferocidad nunca antes vista. La Guerra de secesión estadounidense (1861-1865), la Guerra civil rusa (1918-1921), la Guerra civil española (1936-1939) y la china (1945-1949) son ejemplos recientes de la crueldad y devastación de un fenómeno que se hace día a día más terrible y paradójicamente vigente².

1. Para algunos importantes estadistas contemporáneos como Winston Churchill, al referirse al «Imperio Británico», esta postura seguía vigente: «¿Qué empresa más noble y más provechosa puede intentar una colectividad ilustrada que rescatar de la barbarie regiones fértiles y grandes poblaciones? [...], ¿qué ideal más bello o premio más valioso puede inspirar el esfuerzo humano?». Niall FERGUSON, *El Imperio Británico*, Barcelona, Ed. Debate, 2005, p. 34.

2. Se podría agregar a este listado las guerras mundiales del siglo XX; existe una importante corriente historiográfica que propone al periodo que va desde 1914 a 1945 como el de la «Gran Guerra Civil Europea». Historiadores como Paul Preston en *The Republic Besieged: Civil War in Spain*

Sin embargo, clasificar hoy la Guerra del Pacífico o Guerra del Salitre (1879-1883) entre Chile, Perú y Bolivia, no resulta tan convincente como se explica en los libros de historia clásicos. Tomar este conflicto como una lucha entre naciones resulta poco relativa ya que es difícil hablar de naciones «americanas» y por ello este conflicto aparece desde una perspectiva europea, como casi una guerra civil, con intereses ajenos a la realidad de aquellas sociedades. Hoy se sigue tratando como un conflicto internacional clásico entre estados soberanos e independientes que tenían intereses limítrofes y económicos superpuestos y fue desarrollada de manera moderna, según la tecnología de la época, tanto en tierra como en el mar. Aunque lo último es real y evidente, creo que existe una mirada que la historiografía ha descartado o ignorado y que es necesario explicarla con el fin de nutrir las actuales conclusiones sobre este conflicto sudamericano ocurrido hace aproximadamente 140 años y cuyas consecuencias aún se encuentran vigentes.

2. Antecedentes

Al declarar la guerra a Chile el 1 de marzo de 1879, Bolivia cumplía recién 54 años de fragorosa vida independiente. En sus primeros cuatro, debió sufrir la invasión de Brasil y Perú, más un agudo desorden político que solo pudo poner en orden Andrés de Santa Cruz en 1829. Este caudillo logró en un corto tiempo crear un poderoso ejército con el que invadió parte del Perú y con la ayuda de los locales fundó la Confederación Perú-Boliviana en 1836, uno de los proyectos políticos unificadores americanos más importantes después de las guerras de independencia. Esto despertó las preocupaciones de Argentina y Chile, quienes se veían aludidos por el proyecto andino, ya que incluía antiguos territorios incas, decidiendo atacar a Santa Cruz y disolver la confederación. Esto ocurrirá entre 1836 y 1839 en una sangrienta guerra que termina en la batalla de Yungay, donde el Ejército Expedicionario chileno derrota a las importantes fuerzas perua-

de 1996 y José Luis Comellas, entre otros, han desarrollado esta tesis desde distintas perspectivas.



no-boliviana. A esa fecha esta guerra había sido la más mortífera en el continente y dejaría un profundo recuerdo colectivo de desconfianza en Chile. Sin embargo la idea de reflatar la confederación andina volvió de manos de Perú que invadió Bolivia en 1841 provocando otra guerra en la que serían finalmente rechazados al año siguiente.

Durante los siguientes 37 años, Bolivia vivió una larga serie de golpes de estado y efímeros gobiernos que le provocaron gran inestabilidad, a pesar de las riquezas económicas que les brindaba las enormes reservas de plata. Caudillos regionales provocaron numerosos cuartelazos dando lugar a gobiernos de hechos en reemplazo de otros. Uno de los más famosos fue el de Mariano Melgarejo, quien dilapidó la riqueza estatal, perpetró asesinatos por su propia mano y firmó tratados con Brasil y Chile cediendo territorios limítrofes³. Otro caudillo, Hilarión Daza, desconoció los tratados firmados con Chile, expropiando propiedades privadas de aquel país, quien respondió ocupando incruentamente el puerto de Antofagasta, hecho que dio inicio a la guerra.

El nacimiento y tránsito de la historia peruana en sus inicios fue tan convulsa como la de Bolivia con la que compartía gran parte de su vida política y económica. Aunque proclamó su independencia en 1821 gracias al apoyo de la expedición militar chileno argentina al mando de San Martín, permaneció parcialmente ocupado por las fuerzas reales españolas hasta las batallas de Junín y Ayacucho, siendo liberado definitivamente en 1825⁴. Luego, la política local se vería envuelta en problemas de intereses regionales y caudillistas que llevaron al país a chocar militarmente contra Bolivia y la Gran Colombia, hasta descomponerse como estado al

3. Una de las mayores extravagancias cometidas por Melgarejo fue movilizar un ejército de 3.000 hombres para enviarlo a Francia a la defensa de París, que se encontraba sitiada por los prusianos en 1871. El avance lo realizaría por el Amazonas, cruzando el Atlántico hasta Europa. Al comenzar la marcha se informó sobre el fin de la guerra en Europa, pero él, negando la veracidad de la información, continuó la marcha que solo se detuvo por sufrir un accidente al bajar del caballo.

4. La fortaleza del puerto de El Callao sería el último punto de resistencia realista en América hasta enero de 1826 junto con la isla de Chiloe en Chile.

ser anexionado por Bolivia en la Confederación creada por Santa Cruz ya descrita más arriba. El final de ésta en 1839 provocará una guerra civil entre caudillos militares del país que culminaría luego en 1844 en otra guerra interna desde donde saldrá triunfador el general Ramón Castilla. Este será el dominador de la política del Perú desde 1844 hasta 1863 creando un periodo de gran estabilidad y desarrollo económico. En este periodo se forjó la marina de guerra más poderosa del pacífico sur y un ejército unificado por el prestigio del líder. Se llevó a cabo una victoriosa guerra contra Ecuador en 1858-1860 y se intentó forjar una política diplomática pro americanista, que le valió un gran reconocimiento local.

Sin embargo el equilibrio pronto se rompió y nuevos desordenes cuarteleros se produjeron durante de la guerra contra España de 1864-1866, y un cruento intento de golpe sofocado en 1872. El agotamiento del erario producto de la guerra dejó al país en banca rota justo en el momento de la Guerra del Pacífico, que el Perú se verá arrastrado por una alianza secreta defensiva firmada con Bolivia en 1873.

Para Chile, la situación política y económica en 1879 era más tranquila, sin embargo, la posibilidad de sufrir un aislamiento diplomático si Argentina ingresaba a la alianza altioplánica, produjo en la elite política un estado de ansiedad que la arrojó a la ofensiva al norte para luego responder la amenaza trasandina, que se perfilaba como la más peligrosa.

Desde su independencia en 1818, el país fue controlado por O'Higgins y su política americanista que lo agotó económicamente, llevándolo a un desorden político que solo se frenó en 1829 imponiéndose una república autoritaria que gobernará el país hasta 1861. Este largo periodo de estabilidad política permitió una recuperación en la hacienda fiscal que se destinó al impulso de la industria minera en el norte y que dio un gran auge comercial al puerto de Valparaíso. La guerra que afrontó junto a Perú, Bolivia y Ecuador contra España en 1864-1866 produjo un descalabro económico, afectó la nutrida flota mercante y el comercio, que traería consecuencias inmediatas. La necesidad de salir de esta crisis económica llevó al país a invertir en las explotaciones mineras del desierto boliviano en donde el salitre atraía los ojos de los mercados europeos. La firma de un nuevo tratado



con Bolivia en 1874 fijó las nuevas fronteras entre ambos países y los respectivos impuestos a la explotación del recurso. Se produjo luego una importante migración hacia el norte que llevará a la población chilena a copar casi toda la producción del preciado elemento, y en donde no tardaría en producirse las diferencias con las autoridades locales que terminaría con la ocupación del puerto de Antofagasta en marzo de 1879 dando inicio al conflicto. Mientras este proceso se aceleraba a la crisis, el país, enterado de la alianza secreta peruano boliviana, había logrado reconstruir una flota de guerra de gran poder para responder a una posible agresión de los vecinos del norte y de Argentina.

3. Desarrollo del conflicto⁵

Para entender la visión que plantearé sobre la Guerra del Pacífico, también llamada Guerra del Salitre, se hace necesario realizar un breve resumen del conflicto.

La historiografía tradicional suele dividir el desarrollo del conflicto en seis campañas militares: Antofagasta, Marítima, Tarapacá, Tacna, Lima y de la Sierra.

El inicio de la guerra, como ya se explicó brevemente, se produjo por el intento de expropiación del gobierno de Bolivia de las salitreras de propiedad de empresarios chilenos, que recurrieron a Santiago para evitar el cierre. Chile apela al tratado de 1874 sin respuesta y envía tropas a la ciudad boliviana de Antofagasta para ocuparla y de paso bloquear toda la costa del desierto de Atacama. La operación se realizó con la algarabía de más del 80 % de la población chilena de la ciudad. La inexistencia de tropas bolivianas en la zona permitió el rápido avance al interior de la provincia culminando con la toma de la ciudad de Calama con un mínimo de bajas. La resistencia local fue de algunos vecinos sin mayor organización, retirándose las pocas autoridades que quedaban. La casi incruenta campaña de Antofagasta se cerraba con la esperanza de una corta guerra.

5. La más completa, ordenada y objetiva historia sobre la Guerra del Pacífico es la escrita por el chileno Gonzalo Bulnes en tres volúmenes en 1911.

Quizás la etapa más importante de la guerra fue la campaña naval que enfrentó a las flotas peruana y chilena⁶. La definición de esta, cerraría en favor del vencedor prácticamente la mitad de la guerra e incluso, como se demostró luego, el futuro dominio del Océano Pacífico Sur. Además, esta campaña será el acicate que popularizará la guerra en Chile y provocará la caída del gobierno peruano. La acción más memorable de esta campaña fue el combate naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879 en donde dos viejas unidades chilenas se enfrentaron contra los dos principales blindados peruanos. La corbeta chilena «Esmeralda» fue hundida después de un encarnizado combate frente al «Huáscar» peruano, muriendo el comandante de la primera, Arturo Prat, mientras intentaba un abordaje al blindado peruano. Pero a pocas millas de Iquique, mientras la «Covadonga»⁷ se retiraba a toda velocidad del combate, el blindado peruano «Independencia» encalló en la costa, donde había sido llevado intencionalmente por la unidad chilena y naufragó, siendo hundida a cañonazos posteriormente. Este combate obligó a la flota peruana al combate de corso que finalizaría en octubre de 1879 en el Combate de Angamos, en donde gran parte de la escuadra chilena intercepta y captura al monitor «Huáscar» en una heroica lucha muriendo su comandante Miguel Grau. De esta forma Chile quedó dueño del mar y dio inicio a la guerra en tierras nortinas.

La siguiente campaña se inició con uno de los primeros desembarcos anfibios modernos en el puerto de Pisagua, provincia de Tarapacá, el 2 de noviembre de 1879. Después de un desesperado enfrentamiento las tropas peruanas y bolivianas se retiraron al interior para reorganizarse y defenderse en el sector de Dolores, al norte de Iquique siendo derrotados nuevamente y sufriendo ambos bandos fuertes bajas. Ocupada dicha ciudad, el principal puerto salitrero de la región, el ejército chileno comenzó la ocupación del interior de la provincia siendo derrotado en la Batalla de Tarapacá el 27 de noviembre. A pesar de este último éxito, los

6. Bolivia carecía de marina de guerra. Intentó infructuosamente adquirir buques corsarios en Europa sin éxito.

7. La «Virgen de Covadonga» era una antigua cañonera española que había sido capturada en el combate de Papudo, cerca de Valparaíso en 1865, durante la guerra naval de Chile, Perú, Bolivia y Ecuador contra España.



aliados decidieron retirarse del territorio y reorganizarse junto con refuerzos en la principal ciudad de Arica.

En la siguiente campaña, el ejército chileno desembarcó sin mayor resistencia en Ilo, pequeño puerto al sur de Lima con un contingente de más de 12.000 hombres. Ante la sorpresa, el ejército aliado reaccionó rápidamente, enfrentándose con fiereza en la Batalla de Los Ángeles el 22 de marzo de 1880. Después de un indeciso resultado, los chilenos se vieron boqueados por las defensas del llamado «Campo de la Alianza» en la ciudad de Tacna, librándose en ese lugar una de las batallas más sangrienta de la guerra el 7 de junio. En ella peruanos y bolivianos sufrieron una decisiva derrota que llevó a estos últimos a retirarse definitivamente de la guerra, refugiándose en el altiplano. Sin embargo el resto de las tropas peruanas, en un plan preconcebido, se retiraron al Morro de Arica, posición fuertemente defendida por tierra y mar al sur de la ciudad. En una de las acciones más memorables del conflicto, sufriendo graves bajas, las tropas chilenas lograron conquistar la cima de la fortaleza, aniquilando a sus defensores en menos de una hora y sellando la suerte de la ciudad y provincia el 7 de junio de 1880.

Debido a los reveses militares los gobiernos de los países aliados fueron depuestos por nuevos caudillos, cuyo único objetivo fue preparar la defensa de sus respectivas capitales. Las tropas chilenas que seguían aumentando en número y armamento comenzaron a sufrir los agobios del clima de la sierra peruana y distintos problemas sanitarios, que los obligó a intentar negociar el fin de la guerra por medio de otras potencias sin éxito. Por ello, se organizó una nueva expedición de casi 30.000 hombres apoyado por la escuadra que comenzaron a desembarcar en diferentes playas al sur de Lima para luego concentrarse en las afueras de la capital peruana el 22 de diciembre de 1880. Lima se encontraba protegida con una serie de obras defensivas que incluían trincheras, minas terrestres, ametralladoras y un número importante de artillería, junto con más de 32.000 hombres. Aun con la esperanza de lograr un acuerdo, los contrincantes se formaron frente a frente estudiándose mutuamente, mientras la escuadra chilena se encontraba muy cerca de la costa preparando el bombardeo de las posiciones enemigas. Después de varios días de espera y sin

acuerdo de las partes se inició la batalla más cruel de la guerra y unas de las más grandes de que hayan enfrentado a países americanos. La Batalla por Lima (Chorrillos-Miraflores) duró más de dos días de lucha y significó un aplastante triunfo chileno que culminaría con la ocupación de la antigua ciudad virreinal, quedando en el campo de batalla más de 20.000 muertos y heridos de ambos bandos.

A pesar de la toma de la capital, los peruanos, divididos en diferentes bandos continuaron la resistencia en las montañas de la sierra dando origen a la última campaña de la guerra (campaña de la Breña o de la Sierra). Además, al no existir un gobierno organizado, el ejército chileno no tenía con quien entablar conversaciones de paz, por lo tanto estos últimos decidieron quedarse en la ciudad hasta pasar la anarquía. Como esto no ocurría en el primer año de ocupación se enviaron varias expediciones militares a las montañas para reducir a los últimos caudillos, en particular a Andrés Avelino Cáceres. Esta campaña fue sin duda la más feroz, debido a las guerrillas y montoneras formadas por tropas regulares, civiles e indígenas, que hicieron tambalear la ocupación chilena. En una de esas emboscadas, en el pequeño pueblo de La Concepción, 77 soldados chilenos fueron sitiados por dos días y masacrados por las tropas peruanas el 9 de julio de 1882, transformándose este hecho en uno de los más lamentables de toda la guerra, que será aprovechado por el gobierno chileno para la justificación de la extensión del conflicto.

Después de dos años de ocupación, el ejército chileno sufrió la pérdida de más de mil hombres por las enfermedades, las guerrillas y las deserciones, y la rendición del Perú aún no se había reconocido. El comandante Patricio Lynch, quien se encontraba a cargo de las tropas de ocupación, decidió realizar nuevas expediciones militares que logró avances definitivos al derrotar a Cáceres en la Batalla de Huamachuco el 10 de julio de 1883 poniendo fin a esta sangrienta campaña.

Con el camino despejado de guerrillas y aprovechando el enfrentamiento de los principales líderes políticos peruanos, las tropas chilenas avanzaron tomando la ciudad de Arequipa, que se mantenía aún en la defensiva, rindiendo sus tropas sin combate. La paz con el Perú se firmaría definitivamente el 20 de octubre



de 1883 ante el nuevo gobierno encabezado por Miguel Iglesias. Como la situación del nuevo gobierno peruano era débil frente a los que se oponían al tratado con Chile (Tratado de Ancón), las tropas del ejército de ocupación se mantuvieron como fuerza de orden hasta junio de 1884, cuando la mayor parte de la población, resignada, aceptó el fin de la guerra. La ofensiva chilena progresó hasta llegar a la frontera altiplánica boliviana, obligándolos a firmar un pacto de tregua para evitar una ocupación total del país el 4 de abril de 1884.

El 4 de agosto de 1884 las tropas chilenas se embarcan en El Callao y abandonan el Perú poniendo fin a la Guerra del Pacífico.

4. Naturaleza de los estados contendientes

Como se indicó en la introducción de este trabajo, resulta necesario buscar otra visión de lo ocurrido que se puede encontrar en la naturaleza de los países involucrados. Se indicó que esta guerra enfrente a tres estados soberanos con sus respectivos límites geográficos y con objetivos económicos particulares que se superponían, todas ellas condiciones que vale la pena explicar.

El estado Boliviano es una creación artificial contemporánea en base al proyecto que había vislumbrado Bolívar, después de las guerras de independencia americanas. Más allá de ser un simple capricho del líder, responde más bien al legítimo deseo de las elites de las principales ciudades altiplánicas, de desprenderse de la forzada unión administrativa legada por los borbones que los dejaba en la Confederación Argentina, antiguo Virreinato de la Plata. Esta situación que se había impuesto en 1776, dejaba a la antigua audiencia de Charcas en dependencia de Buenos Aires, puerto por el cual debía evacuar sus riquezas minerales. Aunque cultural e históricamente estuvo unida al Perú, Charcas quedó incómodamente constreñida por la burocracia imperial, y no fue de extrañar que apenas comenzada las guerras de independencia, volviera a unirse al Perú hasta 1825, fecha en la cual el Alto Perú se independiza. Las desavenencias entre Bolívar y San Martín por una parte, la lucha política entre conservadores y liberales y los intereses particulares de las «cinco ciudades»: Chuquisaca, Potosí, La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, no lograron hacer

del país más que una simple y dificultosa unión de intereses coyunturales ingobernable que tanto Perú, Argentina y luego Brasil, lo reclamarían como parte de su propio territorio. Por ello y para su beneficio, estos países influenciaron la temprana política boliviana transformando al novel país como la «Bélgica» sudamericana o como una especie de estado «tapón», eje geográfico de la diplomacia local. La muerte de Sucre y Bolívar dejaron al país sin futuro, por lo cual, para evitar su desaparición definitiva se decidió apoyar *in extremis* a un caudillo veterano, el mariscal Andrés de Santa Cruz.

No es de extrañar que hasta el día de hoy Andrés de Santa Cruz sea considerado exageradamente el fundador de la república boliviana. Logró el apoyo económico temprano de Francia y Gran Bretaña, creó un ejército unificado y por sobre todo, fue reconocido por las principales ciudades del país. Sin embargo lo más importante fue la realización de un ambicioso plan político y estratégico que intentaría recrear el antiguo virreinato peruano e incluso el viejo imperio incaico. El proyecto de la Confederación Perú-boliviana se transformó en la empresa reunificadora más importante del continente y realizada con parcial éxito en 1836 al unirse Bolivia y Perú⁸. El final de este efímero proyecto fue descrito anteriormente. La popularidad de Santa Cruz como una especie de protector de la nación revela la inmadurez política de la sociedad de la época y la necesidad de elaborar un futuro enraizado en sus orígenes, y como parte de un todo, como única forma de subsistencia. Curiosamente este planteamiento resucitará a principios del siglo XXI de la mano ideológica del neoindigenismo.

Luego en la década del cuarenta, se produce la invasión del Perú que no dejó de contar con apoyo interno, provocando un desgaste y ruina económica que les imposibilitó administrar los territorios limítrofes heredados de 1825.

8. En esos años se intentaba mantener un proyecto similar que unificaba los países centroamericanos bajo la égida liberal de Francisco de Morazán que igual que el proyecto de Santa Cruz terminará disolviéndose violentamente en 1839. Este proyecto también se intentó resucitar de manera efímera hacia fines del siglo XIX.



Pero la demostración de la inexistencia de un real estado boliviano soberano, quedó demostrado en la imposibilidad política de demarcar y proteger sus límites internacionales. Estos fueron arbitrarios, vagos e impuestos sin mayor consulta a los estados limítrofes en 1824 sobrepasándolos arbitrariamente. Desde muy temprano Brasil reclamó el territorio limítrofe al norte del Chaco que solo la guerra con Argentina en 1827 evitó materializar. Pero sería este último país que invadió el sur de Bolivia reclamando el territorio y ciudad de Tarija, siendo expulsados en 1838. Brasil insistió en 1867 con los territorios limítrofes reclamados más la zona de Acre, al mismo tiempo que Chile avanzaba en la ocupación del desierto de Atacama en 1875. A poco de comenzar la Guerra del Pacífico, perdería definitivamente el litoral y después de esta, Argentina tomaría la frontera al sur de Tarija y la Puna de Atacama. Perú rectificaría su respectiva frontera ventajosamente sin que el gobierno boliviano y su elite lograsen interesarse por aquello. De hecho, esta elite mantendrá lazos ocultos con Chile durante la guerra e incluso se logrará inmovilizar tropas que se disponían a invadir el norte de aquel país⁹.

Después de un periodo de estabilización económica estalló una guerra civil (1898-1899) en donde la ciudad de La Paz se impone militarmente a la ciudad de Sucre, asumiendo la capitalidad del país, provocando mayor división interna. Por ello no es de extrañar que Bolivia perdiera lo último que le quedaba de territorio amazónico en la Guerra del Acre frente a Brasil (1899-1903) y lo que le quedaba del Chaco frente a Paraguay en la guerra de 1932 a 1935. El desapego de la clase gobernante boliviana a perder más del 50% del territorio nacional solo es explicable entendiendo que se perdía territorio que nunca se consideró boliviano, que no era habitado por población boliviana y que no guardaba ningún

9. Durante La Guerra del Pacífico, la 5ª División al mando del General Narciso Campero, se movilizó en Tarija y Potosí para avanzar sobre la frontera con Chile, enfrentándose en la batalla de Tambillo. A pesar del exitoso avance, la división retrocedió al altiplano y no volvió a entrar en combate durante la guerra. Depuesto el presidente Daza después de la batalla de Tacna en 1880, el general Campero se transformó en el nuevo presidente de Bolivia en compañía de su Aniceto Arce, político pro chileno y futuro presidente del país en 1888.

apego histórico con su pasado. Por ello solo cabe entender que el concepto de país soberano que tenía la población y la clase gobernante boliviana no guarda mucha relación con lo que se entiende en occidente hoy, más bien responde a la fuerza de la costumbre histórica que solo los aúna en el altiplano y los relaciona con las montañas del sureste peruano.

Para Bolivia, sus intereses limítrofes durante el siglo XIX fueron casi inexistentes, muestra de aquello fueron los tratados firmados por el presidente Melgarejo con Chile y Brasil en 1866 y 1867 respectivamente, en los cuales entregó territorio casi sin compensación, esperando apoyo político (y quizás económico) para el sostenimiento de su gobierno. Esto podría ser entendido hoy en día como traición, pero en aquel entonces era parte de la política que muchos países americanos practicaban por desconocimiento del territorio o falta de interés de las élites gobernantes.

En cuanto al factor económico, la Guerra del Pacífico no ocasionó daño a la estructura de las ciudades tradicionales del altiplano, y las pérdidas pecuniarias por las salitreras fueron bajas debido a que casi todas las inversiones eran extranjeras. La población boliviana en Atacama era casi inexistente y la indígena siguió circulando por las fronteras sin ser molestada. La tregua firmada en 1884 evitó la continuación de la guerra y el tratado definitivo de 1904 permitió fijar las fronteras y agregar la construcción de un ferrocarril La Paz-Antofagasta construido por parte de Chile para permitir el tráfico comercial sin cargas impositivas. De esta forma la mediterraneidad de Bolivia quedó anulada y el país altiplánico iniciaría un periodo económico de gran expansión¹⁰. Por lo demás, la explotación de las minas de plata de Bolivia ha sido hasta el día de hoy la principal actividad económica y preocupación política del país y su explotación es en gran manera el sentido de la existencia de aquel país.

Para el Perú, los problemas estructurales que presenta desde sus inicios son variados. Desde la Independencia la situación política fue siempre inestable debido a la ambición de distintos

10. Bolivia obtuvo además derechos y facilidades en el puerto de Arica, históricamente su puerto natural, que fue unido por ferrocarril con la ciudad de La Paz en 1913.



caudillos que se disputaban el poder después de la salida de los *ejércitos libertadores* de Bolívar y San Martín, originándose guerras civiles y cuartelazos durante casi todo el siglo XIX. Por ello no es extraño que el Perú, como heredero del virreinato español, no lograra identificarse con la república como el resto del continente. Existió siempre una aristocracia limeña tradicionalista que veía como un grave error la independencia de España y fue siempre tendiente a buscar un sistema que sucediera a la monarquía, incluso la posibilidad de una casa real extranjera (británica)¹¹. El mismo José de San Martín, constatando como se disolvía su labor en el Perú, indicaba la necesidad de una transición pacífica a una monarquía constitucional, debido a la impericia y egoísmos de la élite peruana. Por ello aceptaba la necesidad de un gobierno fuerte que mantuviese el orden. Sin embargo, no era solo la irresponsabilidad de los políticos peruanos. La población indígena en su gran mayoría quedaba huérfana de las instituciones reales y comenzó a ser víctima del desorden de aquellos años, forjándose un clientelismo abusivo en distintas regiones del país. El regionalismo también cooperó en el desorden estructural hasta hacer desaparecer al país en manos de Andrés de Santa Cruz, accediendo a la confederación boliviana. Este proyecto político fue lejos de ser una imposición, más bien fue concertado dado que en Lima, la idea de un gobierno fuerte que reconstruiría el antiguo virreinato era el único objetivo como sociedad. Este terminó abruptamente en 1839, a pesar de los esfuerzos hechos en 1841 que culminó en una guerra civil, y otra con Bolivia al mismo tiempo, muriendo en el campo de batalla de Ingavi el presidente Agustín Gamarra.

La baja población circunscrita principalmente en la costa, no permitió un aumento de la producción agrícola, principal recurso del país, lo que fortaleció los cacicazgos en la sierra, fortaleciendo a la ciudad de Arequipa. A su vez, el pueblo peruano iba adquiriendo una fisonomía particular que lo iría transformando

11. El intelectual colombiano Luis Corsi Otálora en su libro *Bolívar, la fuerza del desarraigo*, destaca las intenciones y las gestiones realizadas por Simón Bolívar para obtener de Gran Bretaña un príncipe que reinara en América como una monarquía parlamentaria. Corsi cita al propio Bolívar: «Yo deseo continuar sirviendo a mi patria, para el bien general de la humanidad y el aumento del comercio británico».

y diferenciándolo del resto de América, en particular resaltando las comunidades de negros y mulatos por una parte y chinos y las distintas tribus indígenas casi vírgenes que poblaban la selva tropical por otra.

La explotación de los recursos mineros como el guano a mediados del siglo XIX, atrajo inversores extranjeros que se fundieron con la élite limeña transformando sus objetivos, trasladándolos al comercio y obras públicas, creando un periodo de expansión que lo llevaría a intentar extenderse más allá de sus fronteras naturales. Sus límites, como en todos los países de Sudamérica, eran vagos y ya estaban siendo ocupados por otros países. Esto obligó al Perú a una guerra con el Ecuador con resultados poco claros y con Brasil en la zona del Acre con el mismo resultado. La zona sur de Tarapacá, si bien limitaba con Bolivia, fue ocupada por una importante mano de obra chilena ocupada en las oficinas salitreras, lo que preocupó al gobierno y en cierta forma lo llevó a la firma de un tratado defensivo secreto con Bolivia en 1873¹².

La derrota en la guerra con Chile, provocaría otros conflictos civiles y obligaría al país a un proceso de reconstrucción nacional o mejor dicho de construcción de país que lograría recién a moldearse después de la lamentable guerra contra el Ecuador en 1941 en pleno siglo XX, circunstancia en donde se establecen los límites definitivos. El objetivo económico del país se concentró en la actividad exportadora de El Callao y las tierras agrícolas de la sierra, la primera controlada por intereses extranjeros y los segundos llevando cierta continuidad de la economía colonial, ahora con mayor mano de obra poco calificada. La pobreza en este último rubro se mantiene hasta el día de hoy y en tiempos de la Guerra del Pacífico era una diferencia muy marcada con la realidad de Chile, por ello el conflicto fue impopular y el indígena evitó la conscripción a toda costa¹³.

12. En este tratado contra Chile, estaba incluida Argentina que años después desistiría de hacerse partícipe. Estos prefirieron negociar directamente con Chile un tratado de límites en 1881.

13. Como en el caso boliviano, las tropas peruanas movilizadas en la zona de Arequipa casi no intervinieron en el conflicto y al final decidieron permitir la entrada de las tropas chilenas a la ciudad sin mayor combate.



Para Chile la situación previa al conflicto era distinta. A diferencia del resto de los países de América, la estrecha tierra que queda entre la cordillera de Los Andes y el Pacífico Sur no cobijó ninguna cultura desarrollada o adelanto civilizatorio, por ello gran parte del territorio fue abandonado por los españoles formándose una frontera en el río Biobío. Fue el territorio más pobre del imperio hasta fines del siglo XVIII, cuando floreció por una parte el comercio del trigo con Lima bajo el incentivo de la corona, y por otra, el contrabando marítimo sustentado por la imposibilidad o falta en controlar la extensa costa. El comercio de contrabando fue dominado por los británicos y complementado por los norteamericanos con la caza de ballena, produciendo ganancias superiores a otras actividades del país, lo que produjo que hasta las mismas autoridades del gobierno participasen o hicieran vista gorda de aquella actividad, transformando a Chile en una verdadera «colonia» mercantil del continente. Este antecedente es muy importante a la hora de entender la vocación marítima-comercial y liberal chilena pro anglosajona y al mismo tiempo anti española (desde el punto de vista del monopolio institucional). Esto explica también el cambio de relaciones más íntimas después de la independencia, con el puerto de Buenos Aires en las Provincias Unidas del río de la Plata.

Bernardo O'Higgins y Diego Portales proyectaron esta realidad hasta dimensiones políticas y constitucionales, construyendo un estado liberal, superponiendo los intereses económicos sobre caudillismos o regionalismos locales, problemas aún vigentes en América, transformando el puerto de Valparaíso en el emporio comercial del Pacífico, desplazando al tradicional complejo Lima-El Callao¹⁴.

El país gozará de un desarrollo político inmaculado por más de sesenta años (1830-1890) y un esplendor económico complementado por la explotación minera a gran escala gracias a una temprana valorización de la inversión extranjera en aquel rubro, transformando a Chile en un breve lapso a uno de los países más

14. Sobre la formación del estado moderno en Chile es fundamental la obra del historiador chileno Mario Góngora *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX-XX*.

ricos del continente. La guerra naval contra España fue un traspié breve que tendrá por consecuencia política, el impulso a una política diplomática-naval expansiva durante la segunda mitad del siglo XIX. La ocupación del estrecho de Magallanes (reclamado por Argentina), la toma de la isla de Pascua (reclamada por Francia) y la Guerra del Pacífico son parte de una historia de vertiginoso y compulsivo crecimiento que se detendría con la Guerra Civil de 1891 y la crisis del salitre en 1920.

Sin embargo este temprano intento de construcción estatal se encontraba completamente hipotecado y condicionado al interés económico extranjero, principalmente británico, construyendo una forma de soberanía *sui generis*. En esta, toda relación diplomática dependía de aquellos intereses foráneos y en donde gran parte de su población no participaba de este desarrollo y de sus beneficios. A su vez, la élite chilena con inversiones en el norte minero, no tenía mayor libertad de acción, ya que esta industria y sus productos se encontraba dependiente de la bolsa de metales de Londres (hasta el día de hoy) y la dependencia de la tecnología para el fortalecimiento de su flota mercante y militar. Naturalmente que esta entrega económica despertó recelos y desconfianza en todos los países vecinos, produciendo una competencia que a la postre, nutrirá las causas de la guerra. Por lo tanto no es de extrañar que los británicos apostaran a Chile para apoyarlo militarmente a cambio de la entrega de las salitreras que con el Perú no hubiese sido igual, y de paso, controlar la influencia alemana en el país que comenzaba a notarse.

Por todo lo anterior, Chile era hacia 1879 un estado comercial-minero, sin soberanía plena y por consecuencia sin límites definidos, ya que por los intereses económicos de la élite se había olvidado o descartado la posibilidad de poblar y organizar la mitad del país que permaneció abandonado y luego entregado a la Argentina, hasta que solo la emergencia de la misma Guerra del Pacífico obligó a reconsiderar¹⁵.

15. El desinterés por el sur del territorio chileno, poco rentable para aquella época, produjo una campaña institucional de propaganda en Europa, de donde se invitó a miles de familias alemanas y suizas a poblarlo casi sin ayuda económica estatal. Aun con esto, un aventurero francés llamado Orélie Antoine de Tounens logró tomar posesión de la Araucanía formando



5. Conclusiones

Las consecuencias de la guerra pueden ser clasificadas de inmediatas y lejanas. Las inmediatas son bastante conocidas, las lejanas o de largo plazo son mucho más complejas porque llegan hasta el día de hoy.

En cuanto a las inmediatas, en el pacto de tregua con Bolivia de 1884, Chile ocupa la provincia del litoral y la ciudad de Antofagasta. El país altiplánico se queda sin mar. En el tratado de Ancón con Perú de 1883, Chile anexiona las provincias de Tarapacá y Tacna, esta última sujeta a un plebiscito en el cual la población decidirá volver al Perú o mantenerse en Chile. Todo lo anterior parece ser muy simple y sin lugar a equívoco, pero el transcurrir del tiempo y el pasar de los distintos gobiernos de los países involucrados dará nuevas interpretaciones que aún hoy en día se discuten.

La pérdida del litoral y Antofagasta fue para Bolivia un golpe fuerte a su gobierno demostrando la impericia de la clase política, pero no tan importante desde el punto de vista económico, ya que los principales intereses del país se concentraban en el altiplano, en especial, la minería de la Huanchaca, alejada de los campos de batalla y protegido durante la guerra por la quinta división de ejército al mando del general Campero. Nunca existió conciencia por parte de la clase política boliviana del dominio del litoral Pacífico, y la mayor parte de la población prácticamente no sabía de su existencia, más bien se hablaba del salitre de Atacama, y no del mar. Incluso se dio por mucho tiempo una convivencia aceptable de la gran población de chilenos que habitada el desierto explorando y explotando las riquezas, con las autoridades bolivianas que se mantuvo hasta la ocupación del puerto de Antofagasta. Solo en esa circunstancia, se produjeron saqueos por parte de la parcialidad chilena, que fueron rápidamente sofocados. Un mayor número de población boliviana e indígena vivía en el pueblo de Calama, en pleno altiplano, a medio camino de Antofagasta, dedicado a faenas agrícolas y en donde

un efímero reino con ayuda de los indígenas en 1860 y disuelto en 1862. Hasta el día de hoy sus descendientes reclaman sus derechos reales.

se presentó la principal defensa vecinal contra las tropas chilenas. Mas importante para Bolivia era el puerto peruano de Arica, salida natural durante el dominio español, que mantenía un activo comercio y estaba unida por ferrocarril a la ciudad de Tacna¹⁶. El tratado de 1904 fue aprobado por el congreso boliviano y firmado durante la presidencia de Ismael Montes, tomando como canje la construcción de los ferrocarriles que permitirían crear un nuevo polo de desarrollo gozando de privilegios aduaneros, que nunca había tenido el país.

Será solo en la segunda mitad del siglo XX cuando la demanda boliviana por reivindicar el litoral perdido comienza a manifestarse, primero políticamente y luego ideológicamente, rompiendo las relaciones diplomáticas con Chile y tratando de llevar el tema a foros internacionales. Aunque Santiago había propuesto un trueque de territorio por mar, el gobierno altiplánico desestimó la fórmula y ha mantenido hasta hoy una intransigente postura que varía según los gobiernos y los problemas internos. Por razones geográficas, Bolivia necesita relacionarse con el Océano Pacífico y en particular con Chile y aunque la fuerza de la geografía lo imponga, el gobierno de La Paz aun no encuentra el argumento para destrabar un problema que la tiene sumida en el subdesarrollo y desconectada del mundo. No se niega la posibilidad de acercarse a Buenos Aires como en el siglo XVIII, pero la tendencia ha sido siempre el altiplano, junto con el Perú y la salida comercial por Arica, que desde tiempos inmemoriales ha sido la ruta natural de los productos del centro montañoso de Sudamérica. Extemporáneamente, este reclamo, ha transformado el discurso actual de la Guerra del Pacífico, dando una visión tergiversada de los hechos que ha sido inventado para reclamar una soberanía marítima que nunca ostentó.

Para el Perú, el final de la guerra tuvo como consecuencia un periodo de desorden y frustración que recién comenzó a controlar a fines del siglo XIX. La derrota fue total y la posibilidad de apelación fue nula. Con el poder militar que Chile instaló en el Pacífico en las décadas siguientes, la pérdida de Tarapacá se

16. En 1869 se aprobó la idea de continuar la línea hasta la ciudad de La Paz, plan que se detuvo por el inicio de la guerra.



asumió de manera definitiva, pero la esperanza de la recuperación de la provincia de Tacna mantuvo la moral y el nacionalismo de la clase media que veía la posibilidad de resarcir en parte la derrota. El tratado de Ancón dejó la provincia a la definición de un plebiscito que nunca se realizó y que con la Primera Guerra Mundial se postergó sin más hasta la intervención norteamericana en favor del Perú en 1929. En aquel año la provincia fue partida en dos partes quedando la ciudad de Tacna al Perú y Arica para Chile. A pesar de las críticas y desavenencias en la forma de cómo se solucionó el tema, se pretendía por este acuerdo terminar con un posible revanchismo peruano, país que se recuperaba rápidamente en lo económico y luego duplicaba en población a Chile y a su vez, detener otra expansión chilena al norte. De esta forma, la paz o la «concordia» entre Chile y Perú fueron establecidas y se mantienen sin variación, a pesar de momentos de fricción diplomática. Luego el Perú se avocaría a un plan expansivo en el norte en pugna con el Ecuador y Colombia que desvió las pretensiones de la sociedad a otro frente con éxito.

Para Chile la Guerra del Pacífico puede ser tomada desde una óptica de guerra civil, debido a las múltiples relaciones culturales, políticas y comerciales que teníamos con Perú y Bolivia. Al carecer de una verdadera soberanía o estados fuertes, estos gobiernos fueron influenciados por los intereses extranjeros quienes prometían desarrollar económicamente sus sociedades e integrarlas al comercio mundial si éstas lograban obtener a su vez el control de la tierra salitrera y de los tres países, el más comprometido en este punto fue Chile.

Fue Bernardo O'Higgins quien permitió el ingreso de capital inglés a Chile y quien lograra conseguir un importante préstamo que permitirá dar los fundamentos al nuevo estado. Su formación y origen británico lo iría alejando de los grandes líderes americanos y acercándolo a otras influencias como el español Rodríguez Aldea y el inglés Lord Cochrane¹⁷. Este último construyó una flota de guerra que barrió el comercio español en el Pacífico desde Chiloé a México y propuso la conquista de otros territorios

17. Bernardo O'Higgins el denominado «Padre de la Patria» fue hijo natural del Baron of Ballenary quien llegó a ser Virrey del Perú.

(Oceanía, Patagonia, etc.). Este padrinaje y esta visión despertaron inquietud en América y Norteamérica debido a la campaña que el ministro Diego Portales preparó para derrotar a la confederación Perú Boliviana en 1839 y a la conquista del estrecho de Magallanes en 1843. La postura política chilena tuvo un giro al apoyar al Perú en 1865 frente a España con un alto costo que lo alejaría y en cierta forma lo aislaría continentalmente. Pero luego de comprobarse la existencia de un pacto militar secreto entre Perú, Bolivia y Argentina en 1873, el país terminó por solicitar ayuda financiera, tecnológica y militar a Europa, en especial a Gran Bretaña, situación que preocupó a Estados Unidos quien comenzó a vender gran número de armamentos y barcos de guerra al Perú¹⁸. Esta carrera armamentista impulsada por las potencias, significaba para Chile hipotecar su futuro a Londres e intentar obtener el salitre como moneda de cambio, situación que para ambas partes era conveniente: Inglaterra quedaría con el mineral y Chile con el territorio y los puertos. Esta situación era insostenible para el Perú, que prácticamente impulsó a la guerra a Bolivia con las consecuencias que conocemos.

El triunfo en la guerra produjo un despertar o nacimiento de cierto nacionalismo chileno que junto a las riquezas obtenidas dieron inicio a un periodo de enriquecimiento nunca antes visto. La población del sur del país emigró al recién conquistado norte minero aprovechando la prosperidad económica y nuevos desafíos comerciales. Los británicos construyeron ferrocarriles y un centenar de oficinas salitreras por todo el desierto, transformando la geografía de la zona. Este empoderamiento lo llevaría inevitablemente a chocar con Estados Unidos en 1885 en Panamá, crisis en la cual, la flota chilena fue a sofocar un intento independentista apoyado por los norteamericanos que se retiraron forzosamente al borde del enfrentamiento. Este hecho llevó al norteño país a aprobar con urgencia un millonario presupuesto naval para construir una nueva flota en el Pacífico¹⁹.

18. Sobre este punto se puede consultar el excelente libro de William F. SATER, *Andean Tragedy: Fighting the War of the Pacific 1879-1884 (Studies in War Society and the Military)*, 2007.

19. Sobre este interesante capítulo de nuestra historia se puede consultar del mismo William SATER, *Chile and the United States: Empires in Conflict*, 1990.

A su vez entre 1887 y 1888 la armada tomó la isla polinésica francesa de Pascua en el Pacífico sur y a pesar de los reclamos fue rápidamente anexionada. No es extraño o dudoso ver que detrás de estas rocambolescas campañas existió el beneplácito británico o por lo menos la venta de modernos cruceros de combate que hicieron posible este periodo de expansión marítima. La guerra civil de 1891 terminaría este inquieto periodo de crecimiento en donde el parlamento apoyado por la armada derrotó al presidente Balmaceda, apoyado por el ejército, dando origen a la llamada República Parlamentaria (hasta 1920), íntimamente relacionada con el liberalismo comercial, el salitre y la influencia británica.

En 1929 los norteamericanos presionaron y cerraron la posibilidad de mantener el dominio de los territorios tomados por Chile en la guerra (como también lo harían con los japoneses en 1905) propiciando la entrega de Tacna.

Para Chile, a pesar del triunfo, la guerra lo aisló diplomáticamente en América por muchos años, molesto el equilibrio de poderes de los norteamericanos y lo llevó al camino de país monoexportador, completamente entregado a los precios del mercado. Lo obligó a mantener un alto gasto en materia de defensa que también depende del exterior para su mantención y sobre todo la ruptura de relaciones diplomáticas con Bolivia que influye directamente en el restringido intercambio comercial con aquel país. Luego el salitre, objeto de la guerra se agotó (también Inglaterra), el norte se despobló y la población nativa de la zona: indígenas altioplánicos, peruanos y bolivianos comienza a aumentar su presencia en los territorios de Antofagasta, Tarapacá y Arica. Impulsado por las potencias europeas, Chile anexionó los territorios ocupados, situación que no había ocurrido antes en América, donde las guerras eran por problemas limítrofes y no de expansión económica como terminó ésta. El país decidió lanzarse al mundo para comerciar renunciando casi a un desarrollo interno que a pesar del éxito económico inmediato no significó una mejor calidad de vida para el grueso de la población (por ello, no es extraño que el estudio de la guerra en los colegios haya desaparecido, como si se tratara de una oculta vergüenza). Y el extenso mar conquistado permanece sin poder ser explotado por las limitantes históricas de nuestro país (tecnología e intereses económicos externos).

A propósito de los reclamos territoriales que Argentina, Perú y Bolivia han vuelto a activar en pleno siglo XXI contra Chile, pareciera ser que recién hoy, se toma el peso de lo que fue la guerra, sus objetivos y verdaderos sacrificios.

Sin embargo, no todo salió mal. El país comienza a reconocerse hoy en día con los conceptos de O'Higgins y Portales frente al mar como su destino. Como ocurre con toda cultura marítima, la población toma un dinamismo que le permite adaptarse y moverse mucho más rápido que los países que se encierran en sus territorios. El mar permite estar en conexión con todo el mundo y nuestras costas están dispuestas como verdaderos surtideros infinitos de los productos que salen de Sudamérica al Pacífico y al mismo tiempo, puerta de entrada de los productos del lejano oriente, California y Australia. Pareciera ser que lo que realmente se consiguió en la guerra, fue la de tomar conciencia de ser una nación marítima, y por esto se aspira a recomponer las relaciones con los vecinos, primero económicamente y luego, ojala políticamente. Una última consecuencia de la Guerra del Pacífico para Chile, tiene que ver con su historia. Permitió cohesionar el «espíritu» nacional y generar una identidad de la cual, a diferencia de Perú y Bolivia, siempre careció y que hoy en día se construye en base de aquella lejana guerra.

Como nostálgico recuerdo de una época evocadora, de triunfos y desafíos, la historia es al fin lo único que va quedando. Bien podemos tomar las palabras de un trágico personaje novelesco:

«Adiós al relincho del corcel de batalla,
al tambor que conmueve el espíritu,
al pífano que perfora los oídos,
a la bandera real y todas sus cualidades,
orgullo, pompa y circunstancia de la gloriosa guerra»²⁰.

20. William SHAKESPEARE, *Otelo*, acto III.

